

Tosilos entré en la estacada, como Tosilos lacayo salí della. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza; pero sucedióme al revés mi pensamiento, pues, así como vuesa merced se partió de nuestro castillo, el duque mi señor me hizo dar cien palos por haber contravenido á las ordenanzas que me tenia dadas antes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y Doña Rodriguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona, á llevar un pliego de cartas al virey, que le envia mi amo. Si vuesa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuántas rajitas de queso de Tronchon, que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo.—Quiero el envite, dijo Sancho; y échese el resto de la cortesía, y escancie el buen Tosilos, á despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias.—En fin, dijo Don Quijote, tú eres, Sancho, el mayor gloton del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tosilos, contrahecho: quédate con él, y hártate, que yo me iré adelante, poco á poco, esperándote á que vengas." Rióse el lacayo; desvainó su calabaza; desalforjó sus rajas; y, sacando un panecillo, él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde, y en buena paz y compañía despabilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas solo porque olía á queso. Dijo Tosilos á Sancho: "¡Sin duda, este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco!—¡Cómo debe! respondió Sancho; no debe nada á nadie, que todo lo paga, y mas, cuando la moneda es locura: bien lo veo yo, y bien se lo digo á él; pero ¡qué aprovecha! y mas, agora que va rematado, porque va vencido del caballero de la Blanca Luna." Rogóle Tosilos le contase lo que le habia sucedido; pero Sancho le respondió, que era descortesía dejar que su amo le esperase; que otro dia, si se encontrasen, habria lugar para ello: y levantándose, despues de haberse sacudido el sayo y las migajas de las barbas, antecogió al rucio, y, diciendo: "Á Dios," dejó á Tosilos y alcanzó á su amo, que á la sombra de un árbol le estaba esperando.

CAPÍTULO LXVII.

De la resolucion que tomó Don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos.

Si muchos pensamientos fatigaban á Don Quijote antes de ser derribado, muchos mas le fatigaron despues de caido. Á la sombra del árbol estaba, como se ha dicho; y allí, como moscas á la miel, le acudian y picaban pensamientos. Unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros, á la vida que habia de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho, y alabó la liberal condicion del lacayo Tosilos. "¿Es posible, le dijo Don Quijote, que todavía ¡oh Sancho! pienses que aquel sea verdadero lacayo? ¡Parece que se te ha ido de las mientes, haber visto á Dulcinea convertida y trasformada en labradora, y al caballero de los Espejos en el bachiller Carrasco! obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero, dime ahora: ¿preguntaste á ese Tosilos que dices, qué ha hecho Dios de Altisidora: si ha llorado mi ausencia, ó si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban?—No eran, respondió Sancho, los que yo tenia, tales, que me diesen lugar á preguntar boberías. ¡Cuerpo de mí, señor! ¿está vuesa merced ahora en términos de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos?—Mira, Sancho, dijo Don Quijote: mucha diferencia hay, de las obras que se hacen por amor, á las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser, que un caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quísome bien, al parecer, Altisidora; dióme los tres tocadores que sabes; lloró en mi partida; maldijome, vituperóme, quejóse, á despecho de la vergüenza, públicamente: señales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes suelen parar en